

de las semióticas aplicadas. Quedan abiertas así otras vías de exploración.

Leída como una corrección, esta obra tiene un fondo que es la historia de la semiótica durante los últimos veinticinco años y, como figura inserta en este paisaje, la trayectoria misma de Eco. De ahí que también pueda ser considerada como la continuación natural de otras obras suyas como *Semióticas y filosofía del lenguaje* o *Los límites de la interpretación*.

Desde el punto de vista narrativo, este libro tiene, al menos, tres protagonistas: el Kant del esquematismo, el Peirce semiólogo *avant la lettre* y el improbable ornitorrinco. Por qué Peirce (maestro reconocido, aunque en nota a pie de página), terminó desapareciendo del título, es una pregunta que sólo Eco puede contestar. Quizá quepa aventurar que por la misma razón por la que ha desaparecido del nuestro. Así que, en definitiva, el título de la obra de Eco es tan ambiguo como el título de este comentario: Eco habla de Kant y del ornitorrinco, pero también de otros animales y de otros hombres. — WENCESLAO CASTAÑARES.

Los libros, ¿en una trampa mortal?

ELISEO VERÓN: *Esto no es un libro*. Barcelona, Gedisa, 1999, 159 pp.

El preguntar por el futuro del libro ha sido una constante a lo largo de este siglo en el que la revolución tecnológica y comunicativa nos ha hecho cuestionarnos la forma de representación cultural desde los griegos más auténticamente nuestra: la cultura escrita. Estamos acostumbrados a vernos a través de textos, esos artefactos «literarios» que recogen todo el conocimiento sobre el mundo: la religión, la filosofía, las leyes, la ficción, etc., y la cuestión ahora está en determinar qué es o que está en juego en este fin de milenio en que sentimos que algo está cambiando en nuestro carácter de civilización alfabetizada.

Con este libro, Eliseo Verón quiere implicarse en el debate que hoy día se está planteando en relación con el conocimiento y la cultura (David R. Olson, Michel Clanchy, Jack Goody, Geoffrey Lloyd,

etc.) y en el que se pueden observar puntos de partida y metodologías diferentes. El autor parte de la idea básica de que el objeto libro es una «modalidad de relación mediatizada con el mundo», en el contexto de la crisis del libro y de la lectura individual en la sociedad de la imagen. Para esto formula una hipótesis fundamental: a la hora de analizar el objeto libro, no es muy pertinente la distinción clásica entre libros de ficción y no ficción porque la relación entre ambos es demasiado estrecha.

El trabajo se basa en una serie de investigaciones de tipo empírico en las que estudia dos cuestiones fundamentales: qué se está haciendo con los libros de texto en las escuelas argentinas y cómo los lectores utilizan las bibliotecas públicas. Para ello, parte de una fenomenología no trascendente del libro, tal como Barthes había hecho en su conocido texto sobre la fotografía. Lo que le interesa en este caso es analizar el carácter indicial del libro en dos sentidos: el libro como un lugar, como un espacio dividido en zonas concretas que se pueden visitar o utilizar parcialmente, y en segundo lugar el libro como un objeto real sumergido en un espacio concreto y que crea además una relación espacial con nosotros mismos. Es decir, el objeto libro se ve traspasado por una doble espacialidad, la de ser un hipertexto y la de ser un objeto puesto en relación con nuestra propia corporalidad (piénsese en la importancia de que una información tenga un soporte u otro: código, libro de bolsillo, pantalla de ordenador, etc.). El objeto libro es además una intersección entre lo individual y lo social, una puesta en relación entre la estructura del tiempo de lo escrito y el tiempo del lector, un libro tiene un cuerpo viejo o joven... Son precisamente todas esas dimensiones las que aparecen profundamente alteradas en el libro electrónico.

El análisis que Verón lleva a cabo del uso de los libros no parece conducirlo a unas conclusiones demasiado optimistas. Tanto si viene utilizado como un objeto complementario a la tarea del profesor como si es un elemento fundamental en un esquema educativo tradicional fuerte (que se debe memorizar), el libro «estaba condenado a ser la víctima de un proceso en el cual, por supuesto, no había culpables». Que el libro en las escuelas haya perdido su función tradicional no es sólo un problema de cambio de hábitos, sino que las lecturas parciales de los textos que hoy día se utilizan en la enseñanza atentan contra el vínculo enunciativo fundamental entre el autor y el lector. Según Verón, con las nuevas formas de circulación del conocimiento lo que se pierde es la figura del autor como coherencia enunciativa, y al desdibujarse la figura del autor, desaparece la posibilidad de que el lector se conforme como una figura

identitaria coherente, y por lo tanto se vea totalmente imposibilitada para el diálogo con la cultura. Así, la fragmentación de la coherencia enunciativa «oculta el miedo a la confrontación, *el miedo al otro*. Cuando no hay enunciador tampoco hay destinatario». Para el autor, que las nuevas generaciones no adquieran la habilidad lectora necesaria genera gravísimos problemas: si un lector no puede entrar en un mundo enunciativo coherente, será incapaz de generar una coherencia propia y por lo tanto tendrá problemas para construir su propia identidad. Una sociedad sin libros será entonces una sociedad con un solo «punto de vista», una sociedad donde la pluralidad habrá desaparecido no por imperativos políticos, sino culturales.

La duda que puede surgir frente a esta propuesta apocalíptica de Verón es la misma que plantea Olson en su libro *El mundo sobre el papel* (Gedisa, 1998), cuando se pregunta si el predominio de la cultura escrita sobre la oral no está basado en ciertas creencias cuestionables, como que la escritura es la transcripción del habla, que ésta es inferior a aquélla, que hay una superioridad tecnológica del sistema alfabético de la escritura sobre otros sistemas, o que la cultura escrita es el instrumento fundamental del desarrollo científico y cultural e incluso del cognitivo. Todas estas afirmaciones están siendo reformuladas desde distintas disciplinas que en los últimos tiempos han ido afirmando que, por ejemplo, la escritura no es una mera transcripción del habla, sino un código independiente, que la oralidad no es «imprecisa y desordenada», que nuestro sistema alfabético no ha hecho que seamos una cultura más alfabetizada que otras como la japonesa, y que en muchos casos la cultura escrita no ha actuado como un instrumento liberador, sino opresor en la dinámica histórica. —ASUN BERNARDEZ.